

“Y TODO SE AQUIETA “

Llegó a la playa con una bikini amarilla. Ya de entrada me pareció una tilinga: combinar el amarillo canario de la bikini con ese pelo rubio platinado, es todo un indicador.

Papá la había invitado a pasar quince días con nosotros y decía que era mejor así: conocerla en vacaciones para quitarle formalidad al asunto. Atrás de ella- como un burdo cortejo- venían sus hijitos, dos gnomos de flequillo, acarreando palitas y baldes. El cuadro me pareció lamentable... papá recibéndola baboso, y ella riéndose como una estúpida para disimular la incomodidad.

El divorcio de mis padres, unos meses antes, había caído sobre mí aplastándome el cráneo: ¿cómo de un día para otro se divorciaron?: ellos no discutían y se los veía bien, trabajaban a la par en la clínica, tenían amigos y se consultaban casos y cosas, paseaban, hacían proyectos. Cierto es que los volcanes erupcionan de la noche a la mañana sin decir « lava va »...un buen día todo es ceniza: amantes congelados en la piedra, torneros petrificados en su labor, niños estampados en las hamacas, y de ese pueblo sólo queda una ruina turística. Algo así yo sentí cuando sucedió el divorcio.

Y ahora que evoco a la bikini amarilla, pasándole el bronceador a papá por la espalda, me pregunto si habrá sido a causa de ella la ruptura o si mis padres alimentaban ya su propia lava -ciega e incandescente- tras esa imagen armónica que dibujaron silenciosamente durante años.

Después de esa grotesca entrada en la playa, convivimos esa quincena con ella y sus repelentes gnomos en el departamento frente al mar. Yo dormía sobre el piso, en la bolsa de campamento, y ellos en las cuquetas, al lado. Insomne, yo escuchaba risitas ahogadas o quejidos silentes que venían del otro dormitorio. Alguna noche el más chiquito quería pis y la llamaba; ella acudía medio adormilada con un camisolín de satén, trayendo el perfume de papá en la piel, y se inclinaba maternal. Yo la veía en la penumbra ir hasta el baño con el gnomo, arrojarlo después y regresar a la cama de papá.

Mirándola así -en medio del silencio de la noche- poco vestida y adornada, me di cuenta de que su cuerpo menudo y pulposo era parecido al de las chicas con las que yo salía a veces. Me avergonzaba pensando en tocarla y al mismo tiempo

sentía un profundo asco por papá: lo recordé tomado dulcemente de la mano de mamá cuando caminaban por esa misma playa pisoteada este año por la de bikini amarilla.

En ese veraneo de terror se me hizo imposible concentrarme para el examen de la facultad, que debía rendir al regreso de las vacaciones: la estridencia de su voz intentaba congraciarse preguntándome sobre mis estudios, qué música prefería, si tenía novia, si me gustaba nadar o cualquier boludez que se le viniera a la mente. « Cerebro de libélula » pensé un día en que la vi salir del mar con su bikini de voladitos... no es la experiencia lo que diferencia a las personas, es la inteligencia.

Fueron días de hiel y cardos que me aturdieron sin tregua. La heladerita playera cargada de empalagosas vituallas... y esa bikini amarilla sinuosa y brillante de aceite de coco, sobre las rodillas un tanto achacosas de papá.

Aguanté como el mejor, es más, creo que me quedaba cerca para cebarme. Mis amigos venían a buscarme y yo no salía con ellos, sentía un regocijo amargo en aquella fantochada... anclado cada vez más a las patéticas escenas entre papá y ella.

Los hijitos se me pegaban, y terminé haciendo castillos de arena como una nodriza. Papá y la bikini suponían que yo disfrutaba, y se solazaban juntos con más desparpajo. Me exasperaban las risotadas levemente procaces de ambos cuando los escuchaba regresar a la madrugada- un poco ebrios- del casino o de la disco

Comencé a sentir entonces, que crecía en mí un árbol extraño: viejos brotes disputándose espacio con celestes lianas de ponzoña, raíces volándome la tapa de los sesos.

Hasta que un día, al atardecer, después de tomar mate mirando la puesta de sol, me encaminé hacia el mar. El mayor de los gnomos me siguió, como siempre, y entró al agua conmigo.

La frescura del mar a esa hora es incomparable: parece que algo bueno le sucede al mundo y todo se aquieta. Gaviotas hambrientas, el sol agónico y una luz que beatifica los rostros.

Lo dejé ir como a un papelito, mientras que en la orilla el hermano más chico daba vuelta el balde con la torta de arena, y la bikini amarilla corría hacia el mar, agitando los brazos, a los gritos.